

## LIBRO CUARTO

*CAPITULO I.1.* Conque a tal punto era Sócrates en todo asunto y por toda manera útil, que, a bien mirar, para cualquiera que tuviese una mediana sensibilidad era evidente que cosa ninguna había más útil que estar con Sócrates y pasar con él tiempo en cualquier sitio y en cualesquiera actividades; como que aun el guardar de él memoria cuando estaba ausente no poco les era de provecho a los que con él estaban a estar acostumbrados y a los que sabían acogerlo, que aun estando de bromas no menos que en asuntos serios sacaban beneficio de él los que con él andaban.

2. Pues muchas veces podía quizá decir que estaba enamorado de alguien; pero bien se le veía que no iba su pasión a los que estaban de cuerpos bien formados para el gozo de la flor de su edad, sino a los que lo estaban bien de almas para el logro de la flor de virtud. Y deducía el buen natural de cada uno de su rapidez para comprender las cosas a las que atendían y para recordar las que aprendieran, y de su apetito de todas las enseñanzas por las que es dado administrar bien una casa y un estado y, en general, habérselas debidamente con los hombres y con las humanas actividades: pues tales eran los que estimaba él que, una vez educados, no sólo ya podrían ser felices ellos y llevar bien sus propias casas, sino también ser capaces de hacer felices a otros hombres y naciones.

3. Mas no a todos de la misma manera los abordaba, sino que a aquéllos que se tenían por bien dotados de dones naturales y despreciaban el aprendizaje les mostraba que las naturalezas que mejores parezcan ser son las que más requieren educación, haciéndoles notar que los caballos de mejor sangre,

bríosos como son y bravos, si se los domaba desde pronto, venían a ser los más útiles y los mejores, pero si quedaban sin domar, los peor manejables y más viciosos, y cómo de los perros de mejor sangre, infatigables que son y codiciosos de la caza, los que se enseñan bien resultan los mejores para cazar y los más útiles, en tanto que, dejados sin enseñar, se vuelven importunos y maniáticos y los más indóciles de todos. 4. Y que asimismo los hombres de mejores dotes naturales, que son los de espíritu más fuerte y los más empeñosos en acabar cosa a la que pongan mano, sometidos a educación y en aprendiendo lo que se debe hacer, se hacían los mejores hombres y de más provecho, pues más bienes y más altos que nadie realizaban ellos; mas que, dejados sin educación y sin aprender, venían a ser los peores y los más dañinos, pues al no saber juzgar lo que se debe hacer se lanzaban a muchas empresas aciagas, y, como arrogantes y vehementes que eran, resultaban duros de refrenar y de desviar de su camino, que por ello producían más males y mayores que ninguno. 5. En cuanto a aquellos que ponían el orgullo en sus riquezas y consideraban que para nada requerían ya de la educación, sino que había de bastarles el dinero para conseguir lo que quisieran y ganar honores de parte de las gentes, los traía a razones diciéndoles que era un necio todo aquel que creyera que sin aprendizaje iba a distinguir lo que fuera útil y lo que dañoso a sus asuntos, y un necio quien pensara que, sin discernir en eso, pero arreglando por dinero todo lo que quisiera, iba a poder hacer lo que le fuera conveniente, y un insensato el que, sin ser capaz de hacer lo que conviniera, se pensara que estaba bien llevando sus asuntos y que tenía hecha ni bien ni bastantemente la provisión para su vida, y también insensato quien creyese que ya por el dinero, sin entender en nada, va a tener fama de ser bueno para algo o que, sin ser tenido por bueno para una cosa, va a gozar de buena fama.

*CAPITULO II.1.* En cuanto a aquellos que consideraban haber tenido la mejor educación y que ponían su orgullo en la sabiduría, voy a mostrar ahora cómo se las había con ellos. Es el caso que habiéndose enterado de que Eutidemo, el hermoso mozo, tenía recopilados muchos escritos de poetas y de intelectuales de los de mejor nota, y que con esto ya creía estar por encima de los jóvenes de su edad en sabiduría y que tenía grandes esperanzas de sobrepasar a todos en capacidad de hablar y de actuar, lo primero que hizo, al enterarse de que por su poca edad

no entraba todavía en la plaza del Mercado <sup>129</sup>, pero cuando tenía algún asunto que resolver se sentaba en una cierta guarnicionería de las de cerca de la plaza, allá se iba también él, llevando consigo a algunos de los de su compañía. 2. Y a la primera vez, como preguntara uno si sería por trato con alguno de los hombres sabios o por sus dotes naturales como Temístocles había venido a destacar tanto entre sus conciudadanos como para que en él pusiera la nación sus ojos cada vez que hacía falta un hombre de capacidad y empeño, queriendo Sócrates estimular a Eutidemo, dijo que era una simpleza lo de creer que, mientras en las artes de poca monta no se llegaba a alcanzar capacidad sin la ayuda de maestros competentes, en cambio, el arte de dirigir una nación, que era la empresa mayor de todas, se les infundía a los hombres ella sola. 3. Mas otra vez, estando de nuevo Eutidemo allí presente, al verlo que se apartaba de la tertulia y se guardaba de que pareciera que admiraba a Sócrates en sabiduría: «Amigos —dijo—, que Eutidemo, ahí presente, cuando llegue a edad para ello, al poner la nación a debate algún asunto en la asamblea, no va a quedarse sin dar su parecer, cosa es que se desprende claramente de las ocupaciones a que se dedica, y a mí me parece que se tiene preparado un hermoso proemio para sus discursos al pueblo con eso de guardarse de que parezca que está aprendiendo cosa alguna de nadie: pues bien se adivina que al empezar a hablar pronunciará un proemio como el siguiente: 4. “De nadie ni nunca, ciudadanos atenienses, he aprendido nada ni, por más que oyera que había uno u otro competente en arte de hablar o de llevar asuntos, he buscado tener trato con ninguno de ellos, ni me he andado preocupado de que viniera a ser maestro mío ninguno de los entendidos, sino incluso lo contrario, pues he llegado hasta el presente rehuyendo no sólo el aprender nada de nadie, sino aun que pareciera que aprendía. Mas, sin embargo, lo que de mí mismo, y sin más, acúdame a las mientes os lo voy a proponer”.

129. Eutidemo, que ya ha aparecido como pasión de Cricias en I.II.29, vuelve a intervenir en los capítulos III, V y VI de este libro.—Intelectuales traduce σοφιστα, donde pueden estar comprendidos tanto escritos de los llamados habitualmente sofistas cuanto obras más científicas, como las de Anaxágoras o Demócrito.—En la plaza del Mercado, o ágora, es decir, en la Asamblea, que allí solía reunirse; por tanto, Eutidemo tenía menos de dieciocho años (cfr. nota 105).

5. Y podía arreglarse también esa manera de proemio para los que quisieran ser encargados por el pueblo de un empleo de médico<sup>130</sup>; de acuerdo, en efecto, con su profesión sería comenzar su discurso del tenor siguiente: "De nadie ni nunca, ciudadanos atenienses, he aprendido el arte médica ni he buscado que viniera a ser maestro mío médico ninguno, pues he llegado hasta el presente guardándome no sólo de aprender nada de los médicos, sino incluso de que pareciera que tenía aprendida cosa de ese arte. Mas, sin embargo, otorgadme el empleo de médico, pues yo intentaré ir aprendiendo con las experiencias que en vosotros haga".» Todos los presentes, pues, se echaron a reír con el proemio. 6. Y como ya se le veía a Eutidemo que ponía atención a lo que Sócrates decía, pero que se guardaba todavía él de despegar los labios, como creyendo con el silencio rodearse de un aura de prudencia y de buen juicio, entonces Sócrates, queriendo hacerle terminar con eso: «Sí que es cosa de admirarse —dijo— por qué será que los que quieren hacerse hábiles en tañer la cítara o tocar la flauta o en montar o en cualquier otra cosa de esas tratan de estar haciendo lo más de continuo que pueden el ejercicio en el que quieren capacitarse, y no ellos a solas, sino delante de los que son tenidos en ello por mejores, haciendo y aguantando cualquier cosa con tal de no hacer nada sin el beneplácito de éstos, convencidos de que no pueden de otro modo llegar a ser estimables en el arte, y entre aquellos, en cambio, que se quieren hacer capaces en hablar y en actuar en la política los hay que piensan que sin preparación y estudio van a encontrarse por sí mismos, de la noche a la mañana, capacitados para ello. 7. Y el hecho es, sin embargo, que tanto parecen esas artes más difíciles de dominar que aquellas otras cuanto que, siendo más los que con ellas andan remejiendo, menos resultan ser los que las dominan. Así que es evidente que aun de más estudio y más empeño necesitan los que a éstas aspiran a dedicarse que los que a las otras.» 8. A las primeras veces, pues, seguía Sócrates, cuando Eutidemo estaba oyendo, con conversaciones como éstas; mas una vez que se apercibió de que se quedaba y resistía de mejor grado, cuando conversaba, y de que estaba más dispuesto a oír, se fue una vez él solo a la guarnicionería, y, sentándose Eutidemo junto a él: «Dime, Eutidemo —le pregun-

130. En algunas ciudades griegas se llamaban, designaban y pagaban oficialmente médicos que se cuidaran de la salud pública; así estuvo empleado por Atenas el propio Hipócrates.

tó—: ¿es verdad eso que se me cuenta de que tienes reunidos muchos escritos de los que han llegado a tener nombre de sabios?» A lo que Eutidemo: «Sí, por mi vida, Sócrates —le dijo—, y también que aún sigo reuniéndolos hasta que haya conseguido todos los más que pueda.» 9. «Por tu vida<sup>131</sup> —replicó Sócrates— que no puedo menos de alabarte de que, en vez de plata ni de oro, hayas preferido juntar tesoros de sabiduría, pues bien se ve que consideras que plata ni oro en nada hacen mejores a los hombres, mientras los pensamientos de los hombres sabios enriquecen en virtud a los que han llegado a poseerlos.» Conque Eutidemo gozaba oyéndole hablar así, pensando que a Sócrates le parecía que estaba él siguiendo por derecho camino a la sabiduría. 10. Pero él, percibido que hubo que estaba encantado con la alabanza aquella: «Y ¿en qué es, en fin, Eutidemo —le preguntó—, en lo que quieres hacerte diestro y consumado, con vistas a lo cual reúnes los escritos?» Mas como se quedó callado Eutidemo, considerando a ver qué respondía, nuevamente Sócrates: «¿No será —le dijo— para médico? Que muchos son también los tratados de médicos que hay escritos.» A lo que Eutidemo: «No, a fe mía —dijo—, nada de eso.» «Pues ¿será que quieres hacerte arquitecto acaso? Sí, porque también eso requiere un hombre adocinado.» «Pues no, no es eso», respondió. «Pues bien, ¿será que deseas —siguió él— hacerte un geómetra consumado, como Teodoro?» «Tampoco geómetra», repuso. «Bien, pues, ¿será —le dijo— que quieres hacerte astrónomo?» Y ya que hubo dicho que no también a esto: «Pues ¿no será rapsodo<sup>132</sup>? —preguntó—: que, en efecto, también de los versos de Homero dicen que tienes copia de todos en tu poder.» «Por mi fe que tampoco eso —respondió—, pues por cierto que bien sé de los rapsodos que las recitaciones sí las hacen consumadamente, pero que ellos son muy simples y fatuos.» 11. Conque aquí Sócrates le dijo: «¿No irá a ser, por ventura, Eutidemo,

131. Sócrates replica con discreta chanza al juramento de Eutidemo *νῆ τὸν Δία* con el *νῆ τὴν Ἥραν* (cfr. nota 34), réplica que trasponemos con el juego: por mi vida / por tu vida.

132. Teodoro de Cirene, cuyas lecciones escucharon Sócrates y Platón, es uno de los personajes, tratado con gran honor, en el *Teeteto*.—Astrónomo traduce aquí *ἀστρολόγος*; que sólo más tarde se reduce al valor de astrólogo.—Rapsodo es el recitador público de los poemas épicos, de cuyo tipo el *Ion* platónico ofrece una vívida representación.

que a lo que aspire sea aquel arte por cuya virtud entran los hombres en la política y la administración y se hacen competentes en gobernar y bienhechores así para los demás hombres como para sí mismos?» A lo que Eutidemo: «Justamente, Sócrates —le dijo—; ésa, ésa es el arte y la virtud que yo persigo.» «Vive Dios —repuso Sócrates—, a la virtud más noble aspiras tú y a la más grande de las artes, pues ésa es el arte de los reyes, y “arte real” se llama<sup>133</sup>. Pero, vamos a ver —siguió—: ¿te has parado a pensar si es o no posible, sin ser un hombre justo, llegar a ser diestro y notable en tal materia?» «Ya lo creo que me he parado —respondió—, y no, no es posible sin la virtud de la justicia llegar a ser buen ciudadano.» 12. «Y ¿qué —le preguntó—, tú ya tienes eso conseguido?» «Yo creo, por lo menos, Sócrates —le dijo—, que no se me ha de ver menos justo que cualquiera otro.» «Entonces —siguió él—, veamos: ¿hay obras de los hombres justos, como las hay de carpinteros?» «Sí, de cierto que las hay», repuso. «Veamos, pues —siguió—: así como los carpinteros pueden enseñar sus propias obras, ¿podrían así también los justos exponer y enumerar las suyas?» «Pues ¿cómo —respondió Eutidemo— no voy a poder yo enumerar las obras de la justicia? Y aun a mi fe que también las de la injusticia, pues no son pocas las que es dado cada día ver y oír de ésas.» 13. «¿Quieres, pues —le dijo Sócrates—, que escribamos en este lado una J y en éste una I, y que después la que nos parezca que es obra de la justicia la pongamos bajo la J y la que de la injusticia bajo la I?»<sup>134</sup>. «Si a ti te parece —dijo él— que hace falta para algo acudir a eso, ea, hazlo.» 14. Conque Sócrates, después de haber escrito las letras como había dicho: «Así que entonces —le preguntó—, ¿se da entre los hombres el mentir?» «Sí que se da, por cierto», contestó. «¿A cuál, pues, de los dos lados —dijo— debemos colocarlo?» «Es claro —respondió— que al de la injusticia.» «Y en-

tonces —siguió él—, ¿se da también el engañar?» «Ya lo creo», contestó. «Eso, pues, ¿a cuál de los dos lados lo ponemos?» «También eso claro está —repuso— que al de la injusticia.» «Y ¿qué pasa con el hacer daño?» «También eso.» «Y ¿con el reducir a esclavitud?» «También eso.» «Y para el lado de la justicia, ¿ninguna de esas cosas va a quedarnos colocada entonces, Eutidemo?» «Sí que iba a ser eso cosa monstruosa.» 15. «Pues ¿qué?: si uno que ha sido elegido por general reduce a esclavitud a un pueblo injusto y enemigo, ¿diremos que comete injusticia el tal?» «No, desde luego», contestó. «Y justicia, ¿diremos que hace o no?» «Y bien, por cierto.» «Y ¿qué si el tal engaña mientras está haciéndoles la guerra?» «Justo —dijo— también eso.» «Y si roba y hace rapiña de sus bienes, ¿no estará haciendo cosas justas?» «Cierto que sí —le respondió—; pero es que yo a lo primero suponía que todo eso me lo preguntabas solamente con referencia a los amigos.» «Así que entonces —dijo él— todas las acciones que hemos puesto para el lado de la injusticia, ¿habrá que ponerlas también al de la justicia?» «Así parece», respondió. 16. «¿Quieres, pues —le dijo—, que, dispuestas así nuestras partidas, distingamos de nuevo en el sentido de que frente a los enemigos sea justo cometer esas acciones, pero injusto frente a los amigos, sino que en lo que a éstos toca se debe ser lo más honrado y simple que se pueda con ellos?» «Sí; de acuerdo en todo», respondió Eutidemo. 17. «Y entonces ¿qué? —siguió Sócrates—: si un general, viendo a su ejército presa del desánimo, mintiendo les dijere que se acercaban unos aliados y con esa mentira terminare con el desánimo de los soldados, ¿a cuál de las dos partes pondremos ese engaño?» «Yo creo —contestó— que a la de la justicia.» «Y si uno a un hijo suyo que necesita medicación y no se aviene a tomar la medicina por un engaño se la diere como si fuera un pastel y, valiéndose de la mentira, lo hiciere ponerse sano, ese engaño, a su vez, ¿para dónde habría que ponerlo?» «Yo creo —dijo— que también ése al mismo sitio.» «Pues ¿qué?: si uno, al ver a un amigo suyo sumido en el desánimo, por temor de que atente contra su vida, le hurta a escondidas o le arrebató o ya una espada o ya otra cosa de ese estilo, esa acción, a su vez, ¿a cuál de los dos lados habrá que colocarla?» «También ésta, por fe mía —respondió—, al de la justicia.» 18. «¿Quiere decirse —dijo—, según tú, que tampoco para con los amigos se debe ser en todo honrado y franco?» «Por vida mía, no, efectivamente —dijo él—, sino que me retracto y cambio el orden de lo dicho, si es que está

133. El nombre de arte real, βασιλικὴ τέχνη para la política podemos verlo efectivamente en Platón, *Eutidemo*, 291 b y c.

134. Los nombres griegos son δικαιοσύνη y ἀδικία, que en este pasaje, como en muchos otros, no dejan de presentar dificultades para la traducción, pues comprende el primero, como aquí puede verse, algo como la virtud en general en cuanto a las actuaciones para con los otros hombres; y el verbo ἀδικία, correspondiente al segundo, vale muchas veces por hacer mal, cometer cualesquiera faltas o crímenes sociales.



permitido hacerlo.» «Permitido —respondió Sócrates— claro está que tendrá que estarlo antes que hacer una ordenación equivocada. 19. Pero, en fin, ya de entre los que engañan a sus amigos para daño, a fin de no pasar tampoco esto sin examen, ¿cuál es más injusto: el que lo hace adrede o el que sin intención?» «Pero es que yo, Sócrates, no tengo ya confianza en las respuestas que te doy, pues ello es que todas las cuestiones que hasta aquí han salido me parece ahora que toman otro aspecto que el que yo creía de principio. Mas, con todo, por mí que quede dicho que es más injusto el que miente adrede que el que lo hace sin intención.» 20. «Y, a tu parecer, ¿existe un aprendizaje y ciencia de lo justo, tal como lo hay para las letras?» «Así me lo parece.» «Y ¿a cuál juzgas tú más entendido en letras: al que adrede escriba y lea equivocadamente o al que lo haga sin intención?» «Yo, al que lo haga adrede, pues él podría, siempre que quisiera, leer y escribir debidamente.» «Así que el que escribe equivocadamente adrede resultará que es entendido en letras, y, en cambio, el que lo haga sin intención, ignorante de ellas.» «Así es lo que se impone.» «Y lo que es justo, ¿quién es el que lo sabe: el que miente y engaña adrede o el que lo hace sin intención?» «Es evidente que el que lo hace adrede.» «Conque entonces dices tú que es más letrado el que entiende de letras que el que no las entiende.» «Efectivamente.» «Y más justo el que entiende de lo que es justo que el que no entiende.» «Así parece que digo; pero tengo la impresión de que también eso lo estoy diciendo sin saber bien cómo.» 21. «Pero, en fin, vamos a ver: el que, queriendo decir la verdad, nunca acierta a decir acerca de una misma cuestión la misma cosa, sino que, indicándole el camino a alguien, un mismo camino ahora dice que tira a naciente, ahora que a poniente, y, al sacar una cuenta, unas veces saca de la misma resultado mayor, otras menor, ¿qué te parece a ti de ése?» «Que, a fe mía, bien se le ve que lo que creía saber no lo sabía.» 22. «Y ¿sabes tú que hay gentes a las que se las trata de acémilas y cabezas de servidumbre?»<sup>135</sup> «Sí que lo sé.» «¿Por qué es eso: por su sabiduría o por su ignorancia?» «Claro está que por su ignorancia.» «Será, pues, por su ignorancia del oficio de herrero por lo que vienen a encontrarse con ese apelativo?» «No, por supuesto.» «Pues

entonces, por la del de carpintero.» «Tampoco por esa.» «Pues será por la del de curtidor.» «Por ninguna de esas ignorancias —dijo él—, sino aun bien al contrario, que la mayoría de los que entienden en esos menesteres suelen ser “acémilas” y “cabezas de servidumbre”.» «¿Será propio entonces el nombre ese de los que no saben de lo que es noble y lo que es bueno y lo que es justo?» «Eso es lo que me parece», respondió. 23. «Pues entonces, cueste lo que cueste, habrá que escapar a galope tendido del peligro de caer en ser acémilas o siervos.» «Pero yo te juro por los cielos, Sócrates —le dijo—, que estaba convencido de que con la afición mayor me estaba dedicando al estudio de una sabiduría por la que estimaba que podía educarme de la mejor manera en las cuestiones que convenían a un hombre que aspirase a ser hombre de bien; pero ahora ¿sabes a qué punto me encuentro desalentado viéndome, con todas mis fatigas y estudios anteriores, incapaz de responder siquiera a lo que se me pregunta sobre cuestiones de las que importa más saber, y no teniendo ningún otro camino por el que poder tirar para llegar a ser mejor?» 24. A lo cual Sócrates: «Oyeme, Eutidemo —díjole—: y a Delfos, ¿has ido ya alguna vez?» «Sí, a fe, y aun dos veces», respondió. «¿Has echado de ver entonces grabado en algún sitio sobre el templo aquello de “Conócete a ti mismo”?»<sup>136</sup> «Sí, claro.» «¿Qué pasó, pues: que no se te dio nada de la inscripción o que pusiste atención a ella y trataste de examinarte a ti mismo, a ver quién eras?» «Desde luego que no, a fe mía —respondió—; porque, en fin, eso por lo menos creía que lo tenía bien sabido, que a buena hora iba yo a saber otra cosa ninguna, como ni aun a mí mismo me conociera.» 25. «Y ¿qué te parece, que se conoce él mismo aquel que solamente su propio nombre sabe o aquel que, así como los que van a comprar caballos no piensan que conocen el que quieren conocer hasta que examinan si es dócil o rebelde, y si es fuerte o flojo, y si rápido o lento, y cómo anda de las demás condiciones convenientes y inconvenientes para hacer uso de un caballo, así él, examinado que se ha a sí mismo, a ver cómo anda de caualidades para su uso como hombre, ha alcanzado conocimiento de su propia condición y posibilidades?» «A mí así me lo parece —respondió—, que el que no sabe su propia condición a sí mismo

135. Una cierta evolución de las circunstancias nos obliga a hacer traducción doble del insulto ἀνδραποδῶδης, hombre de calidad servil y, por ende, bruto.

136. Sobre este lema delfico adoptado por Sócrates, sin duda con más intención que la que aquí le presta Jenofonte, véase también Aristóteles, *Retórica*, II, 21.

se desconoce.» 26. «Y ¿no hay también otra cosa clara —si-  
guió él—, que es de conocerse a sí mismos de donde les vienen a  
los hombres los más de los bienes que reciben y del estar equivo-  
cados sobre sí mismos la mayoría de sus males? Pues sí, que los  
que ellos mismos se conocen saben lo que es para ellos apropiado  
y disciernen las cosas de que son capaces y las de que no; conque,  
dedicándose a las cosas en que entienden, se procuran lo que les  
hace falta y les prosperan los asuntos, mientras que, absteniéndose  
de las que no entienden, van saliendo sin yerro y fallo y esca-  
pando de los fracasos; y aun también con esto, al poder justipre-  
ciar a los otros hombres y mediante el trato con los demás, consi-  
guen sacar provechos y precaverse de perjuicios. 27. Y, en  
cambio, los que no se conocen, sino están engañados sobre su  
condición y posibilidades, en igual situación se encuentran con res-  
pecto de los otros hombres y los otros asuntos humanales, y ni  
saben lo que necesitan, ni qué es a lo que se dedican, ni con los  
que tratan, sino que, errando de medio a medio en todos esos  
puntos, fallan en el logro de los bienes y caen en medio de las  
desgracias. 28. Y, además, los que saben qué es lo que hacen,  
cuando aciertan en sus asuntos, salen de ello afamados, y llenos  
de honras, con que los que son de su condición tratan con ellos  
con agrado y los que suelen fallar en sus asuntos desean que ven-  
gan ellos a ayudarles con su consejo y conseguir su protección, y  
en ellos ponen las esperanzas de sus logros, y por todas esas razo-  
nes los estiman y alaban por encima de todo. 29. Mientras,  
en cambio, los que no saben qué es lo que hacen, sino que eligen  
mal y fracasan en lo que emprenden, no sólo en eso mismo pagan  
su pena y su escarmiento, sino que además, por culpa de ello, pier-  
den su fama y vienen a ser risión de todos y pasan su vida menos-  
preciados y sin respeto ni honra. Y aun también las naciones tú  
ya ves cómo todas aquellas que, desconociendo su condición y posi-  
bilidades, entran a guerrear con los que son más poderosos, las  
unas quedan arrasadas y las otras convertidas de libres en vasallas.»  
30. A lo que Eutidemo: «De que mi parecer, Sócrates —le  
dijo—, es que en mucho hay que estimar el conocerse de sí mis-  
mo, de eso puedes estar seguro; pero en cuanto a por dónde hay  
que empezar a examinarse uno, cuestión es en que pongo en ti  
los ojos por si quisieras explicármelo.» 31. «Pues entonces  
—dijo Sócrates—, para empezar, tú tienes una idea de cuáles son  
las cosas buenas y cuáles son las malas.» «Claro —respondió—;  
pues a fe que si ni aun supiera eso tendría que ser más bajo todavía

que los esclavos.» «Pues, en fin, ea—dijo él—, ten a bien enu-  
merármelas a mí.» 137. «Bien, pues no es cosa difícil —dijo—; que,  
lo primero, el hecho mismo de estar sano, lo considero bueno, y  
malo, estar enfermo; después también lo que produce cada una  
de las dos cosas, así comidas como bebidas y costumbres, las que  
conducen a estar sano, buenas, y las que a estar enfermo, malas.»  
32. «A esa cuenta —dijo él—, así el estar sano como el estar  
enfermo, cuando vengan a ser causantes de algún bien, habrán de  
ser buenos, y, cuando de mal, malos.» «Pero ¿cuándo —dijo—  
puede el estar sano resultar causante de mal y de bien el estar  
enfermo?» «Pues, a fe —repuso—, cuando en una campaña des-  
graciada y en una navegación funesta y en otros muchos casos  
como éstos perecen los que por hallarse fuertes tomaron parte en  
ellos y se salvan los que por estar débiles aparte se quedaron.»  
«Verdad es lo que dices; pero tú ya ves —respondió— que tam-  
bién en los casos provechosos los unos por su fortaleza toman  
parte y los otros por su debilidad se quedan fuera.» «Esas condi-  
ciones, pues —le dijo—, que unas veces traen provecho y otras  
daño, ¿tienen alguna razón para ser más bien buenas que no ma-  
las?» «Ninguna parece, por fe mía, al menos a lo que se des-  
prende de ese razonamiento. 33. Ah, pero la sabiduría, Sócra-  
tes, ésa sí que es una cosa buena sin lugar a dudas, porque ¿qué  
asunto puede no irle siempre mejor a uno siendo sabio que igno-  
rante?» «Pues ¿cómo?: y Dédalo —le dijo—, ¿no has oído que,  
apresado por Minos a causa de su sabiduría, se veía obligado a  
servirle como esclavo y quedó privado de patria, al par que de  
libertad, y que, al intentar fugarse con su hijo, causó la muerte  
del muchacho y él mismo no se pudo salvar tampoco, sino em-  
pujado a país de bárbaros, allí otra vez estaba sufriendo esclavitud?» «Sí, a fe —le respondió—; eso es lo que se cuenta.»  
«Y lo que a Palamedes le pasó, ¿no lo has oído nunca? Sí, en fin,  
pues de él cantan todos los poetas cómo por su sabiduría enviado  
de Odiseo vino a perecer.» «También eso se cuenta», respondió.  
«Y ¿cuántos no crees que habrá otros que por su sabiduría hayan  
sido arrancados de su tierra y puestos en la corte del Gran Rey,

137. Eutidemo empieza a enumerar según el escolio o copla de  
convite ateniense que conservamos, y que dice: «Estar sano es el bien  
mejor del hombre; / el segundo, el haber nacido hermoso; / el ter-  
cero, ser / rico sin ser / malo, y el cuarto, estar / joven y con amor; /  
hermosura y dinero se rechazan luego en 34-35.

para vivir allí en servidumbre?» <sup>138</sup>. 34. «Va a resultar, Sócrates —le dijo—, que el bien más indiscutible de todos será el ser feliz.» «Eso si no se le compusiera —contestó— de bienes discutibles, Eutidemo.» «Y ¿cuál de los elementos de felicidad —repuso— puede ser discutible?» «Ninguno, por cierto —contestó—, con tal de que no incluyamos en ella hermosura o fuerza o dinero ni fama ni ninguna otra de esas cosas.» «Pero, en nombre del cielo, tendremos que incluirlas —dijo—: pues, ¿cómo sin ellas va a poder uno ser feliz?» 35. «A fe mía—dijo él—, que vamos entonces a incluir cosas de las que muchos y graves males les vienen a los hombres; pues muchos son los que por su hermosura suelen ser estropeados y corrompidos por esos que se ponen fuera de sí con los encantos de la juventud, y muchos los que por su fuerza, al intentar esfuerzos demasiado grandes, caen en desgracias nada chicas, y muchos los que por su dinero corrompidos de adulaciones y víctimas de insidias van a su perdición, y muchos los que por su gloria y su poder político están sometidos a graves males.» 36. «Bien, pues ello es —le dijo— que, si ya ni aun alabando la felicidad contesto debidamente, confieso que ni siquiera sé qué es lo que tendrá uno que pedirles a los dioses en sus oraciones.» «Bien, esas cuestiones —dijo Sócrates— tal vez lo que pasa es que por aquello de creer firmemente saber de ellas no las tienes bien examinadas; mas en cambio, puesto que te preparas para estar al frente de un pueblo democráticamente gobernado, es claro que democracia, desde luego, sí sabrás lo que es.» «No faltaba más», le respondió. 37. «¿Te parece pues que

138. Sabiduría es aquí σοφία, o sea no consciencia, sino ingenio, maña intelectual, la virtud odiseica.—Dédalo, la encarnación del genio del arte y las industrias, constructor del laberinto en que encerrar a Minotauro, ayudando a Ariadna con su ovillo, apresado con su hijo Icaro, huyendo con alas inventadas y, después de la caída al mar del niño, llegando a los campos de Italia, puede verse en Ovidio, *Met.*, VIII, 157 y ss., y Virgilio, *Eneida*, VI, 14-33.—Palamedes, a quien se atribuía la invención de pesos y medidas, de los dados y el ajedrez, y hasta de las letras, pertenece al ciclo mítico troyano, donde acusado por Ulises de traición, fue lapidado por los griegos; lo volveremos a ver en la *Apología*, 26.—El Gran Rey o el Rey por antonomasia es el de Persia, que para artistas, escribas y oficios semejantes debía emplear gran número de esclavos, no pocos de ellos griegos cogidos de los territorios helénicos asianos.

será posible saber de democracia, o sea, gobierno popular, sin saber de pueblo?» «A mi fe, que no.» «Conque pueblo entonces ¿sabes lo que es?» «Supongo yo que sí.» «Y ¿qué es lo que consideras tú que es pueblo?» «Pues yo, los ciudadanos pobres.» «¿Así que de pobres también sabes?» «¿Cómo no voy a saber?» «Entonces pues, ¿sabes también de ricos?» «Sí, ni más ni menos que de pobres.» «Y ¿cuáles son a los que llamas pobres y cuáles a los que ricos?» «Aquellos que —pienso yo— no tienen bastante para pagar las cosas que necesitan, pobres, y los que tienen más de lo que es bastante, ricos.» 38. «¿Has parado mientes, pues, en que a algunos que tienen muy poco no sólo lo que tienen les basta, sino que aun de ello les queda remanente, mientras que a algunos que mucho tienen no les es bastante?» «Y aun, por vida mía —dijo Eutidemo—, y que haces bien en recordármelo; que aun sé de algunos monarcas que por falta de recursos, como los más necesitados, se ven obligados a cometer crímenes.» 39. «Así que entonces —dijo Sócrates—, si ello es como dices, a los monarcas los incluiremos entre el pueblo, en tanto que a los que poseen bienes, como sean buenos administradores, entre los ricos.» Conque aquí Eutidemo dijo: «En trance me pone de decir que sí también a eso mi estupidez —ya se ve— y mi bastedad; y voy pensando si no me será lo mejor callarme: pues viendo estoy que va a resultar sin más que no sé nada.» Conque muy desalentadamente se marchó, haciendo menosprecio de sí mismo de que era en verdad cabeza de servidumbre. 40. Muchos había pues de los que Sócrates ponía en trance semejante que ya no se volvían a acercarse a él, que era a los que él tachaba de demasiado flojos; pero Eutidemo comprendió que no podía llegar a ser hombre que valiera de otro modo que estando con Sócrates lo más posible; y así en adelante no se separaba de él, como no fuera por caso necesario; y aun le imitaba en algunas costumbres de las que él tenía. Y él, por su parte, de que conoció la disposición en que se hallaba, lo que menos hacía era turbarlo ni inquietarlo, sino con la mayor simplicidad y claridad le iba explicando las cosas que él juzgaba que había que saber y las que eran mejores para dedicarse a ellas.

CAPITULO III.1. A que se hicieran pues hábiles en hablar y en los negocios y las industrias los que con él andaban no se daba mucha prisa, sino que antes de todo eso pensaba que tenía que desarrollarse en ellos la virtud y buen juicio; pues los que sin virtud ni juicio tenían capacidad para aquellas cosas juzgaba que eran



más perversos y más capaces de hacer mal. 2. Que, en fin, antes que nada trataba de hacer juiciosos y buenos para con los dioses a los que con él andaban. Otros hay pues que referían conversaciones a que estuvieron presentes que a ese propósito tuvo con algunos otros; por mi parte, presente estuve cuando tuvo con Eutidemo el diálogo siguiente <sup>139</sup>. 3. «Óyeme, Eutidemo —le decía—: ¿se te ha ocurrido alguna vez ponerte a considerar con cuánto cuidado tienen dispuestas los dioses las cosas que los hombres necesitan?» A lo que él contestó: «Por vida —le dijo—, que no se me ha ocurrido.» «Pero sí que sabes —dijo él— que lo primero que necesitamos es la luz, la que los dioses nos proporcionan.» «Cierto, a fe —le dijo—, que lo que es si no la tuviéramos, ya podíamos hacer de nuestros ojos lo que fuera, que iguales a los ciegos habíamos de ser.» «Pero también es cierto que, necesitando nosotros de reposo, nos ofrecen ellos la noche como el mejor de los reposaderos.» «Y bien que sí —le respondió—, que eso también merece agradecimiento.» 4. «Y más aún entonces: que, como, en tanto que el sol con su luz nos declara las horas del día y las demás cosas, la noche por ser sombría es más indistinta y más confusa, han hecho aparecer estrellas en la noche, que las horas de la noche nos manifiestan y con ello podemos llevar a cabo muchas más cosas que nos son precisas.» «Verdad es eso», respondió. «Mas y por cierto que la luna no sólo las partes de la noche nos pone de manifiesto, sino que las del mes también <sup>140</sup>.» «Pues sí, es cierto», respondió. 5. «Y aquello de que, visto que necesitamos de alimento, lo hagan surgir para nosotros de la tierra y proporcionen las estaciones bien acordadas a ese fin, las cuales no ya sólo nos deparan las muchas y variadas cosas que necesitamos, sino aun otras también para deleite nuestro?» 6. «Cosas también son esas —respondió— de mucho amor para los hombres.» «¿Y eso también de que nos proporcionen cosa tan valiosa

como el agua, tanto que forma ella y acrecienta en compañía con la tierra y las estaciones todas las cosas que nos son útiles, y con ellas nos nutre a nosotros mismos, y mezclándose con todos nuestros alimentos, los hace más digestibles y provechosos y más gratos, y que, ya que es de ella de lo que más necesitamos, en la mayor abundancia nos la proporcionen?» «También eso —dijo él— es muestra de previsión y de cuidado.» 7. «¿Y luego aquello de habernos concedido el fuego, socorredor del frío, socorro de la sombra, y colaborador para toda arte y cuantas obras los hombres para su beneficio industrian? Pues, por decirlo de una vez, ninguna industria que valga la pena de las útiles para su vida la llevan sin contar los hombres con el fuego.» «Cosa también es eso —dijo— que resplandece de amor para los hombres.» 8. «¿Y aquello de que el sol, una vez que da el vuelco del invierno <sup>141</sup>, va acercándose, haciendo a las unas cosas madurar y las otras secarse cuando está su sazón pasada, y que, una vez cumplido esto, no se siga llegando ya más cerca, sino se vaya desviando con el cuidado de que, calentándonos más de lo debido, pueda hacernos daño, y que, cuando a su turno llega otra vez a hallarse lejos y se nos muestra que, si más lejos se apartare, quedaremos congelados por el frío, de nuevo, a su vez, se torna y va avanzando y por la zona del cielo gira en donde más beneficioso puede sernos?» «A fe mía —dijo él— que también eso parece de todo en todo que por mor de los hombres acaece.» 9. «¿Y eso de que, toda vez que se ve bien claro que no podríamos soportar ni el calor ni el frío si de repente se produjeran, tan poco a poco va acercándose el sol y tan de poco en poco va alejándose que sin darnos cuenta venimos a encontrarnos en lo más recio de los dos extremos?» «Yo para mí —dijo Eutidemo— estoy ya considerando si, en vista de eso, tendrán los dioses otro trabajo que atendernos

139. *Otros hay*: La única referencia explícita en los *Recuerdos* a los autores anteriores de diálogos socráticos, como Antístenes, Esquines o Platón; frente a los cuales, como pareciéndole que quedaba en ellos poco clara la religiosidad de Sócrates, contrapone esta conversación piadosa (cfr. I/IV y nota 30).—Sobre Eutidemo, v. 129.

140. El mes ático seguía ajustándose aproximadamente (veintinueve o treinta días por mes) a las fases de la luna, aunque la inserción en el curso del año exigiera el aditamento periódico del mes intercalar, Posideón segundo.

141. El vuelco del invierno, las *σοφια* o solsticio, el momento en que deja de bajar y empieza a subir.—Al comienzo del 18 algunos manuscritos presentan unas líneas que los editores suelen considerar apócrifas, como añadidas por el deseo de hacer referencia a todos los elementos: «Y eso de que el aire nos lo hayan esparcido sin tasa por doquiera, no sólo defensor y partícipe en la crianza de la vida, sino también para cruzar gracias a él los piélagos del mar y cada cual en su sitio y haciendo importación en extranjera tierra proporcionarse los productos necesarios, ¿no es por encima de toda cuenta?» «Inexplicable es eso».



a los hombres; mas hay una cosa sola que me impide creerlo, y es que también los otros seres vivos participan de esos bienes.»

10. «Pues y ¿no es también evidente —dijo Sócrates— que aun esos seres por mor de los hombres nacen y se apacientan? Pues ¿qué otro ser hay que saque de cabras y de ovejas y vacas y caballos y de asnos y de los otros animales tamaños beneficios como los hombres? Que a mí mayores aún parecenme que los que sacan de las plantas: es el hecho que no menos que de éstas se alimentan y sacan ganancia de ellos; y hay una gran parte de la raza humana que no se sirve de los frutos de la tierra para su alimento, sino que de las reses que apacientan con leche viven alimentándose y queso y carne; pero en cambio todos amansan y domestican aquellos animales que son útiles, valiéndose de su ayuda para la guerra y para otras muchas obras.» <sup>142</sup>. «De acuerdo estoy contigo también en eso —respondió—: pues veo que de entre ellos aun los que tienen mucha más fuerza que nosotros a tal punto vienen a quedar sumisos a los hombres que puedan valerse de ellos para lo que quieran.»

11. «Pues ¿y esto de que, en vista de que muchas son las cosas de hermosura y de provecho, pero diferentes las unas de las otras, hayan a los hombres dotado de sentidos acordes a cada modo de ellas, por los cuales disfrutamos de los bienes todos? ¿Y lo de haber infundido en nosotros el razonamiento, con el cual, razonando acerca de lo que percibimos y reteniendo en la memoria, vamos aprendiendo por dónde conviene habérselas con cada cosa, y muchos medios industriamos con que disfrutar de los bienes y defendernos de los males?»

12. «¿Y lo de habernos dado el poder interpretativo <sup>143</sup>, por medio del cual de todos los bienes informándonos nos hacemos partícipes los unos a los otros y en ellos comunicamos y nos establecemos leyes y nos gobernamos?»

«Talmente, a la verdad, parece, Sócrates, que mucho es el cuidado que los dioses se toman con los hombres.»

«¿Y eso de que, si bien somos impotentes para prever lo que convenga acerca de lo porvenir, acudan ellos a nuestra falta explicando por medio de la adivinación a los que les consultan lo que ha de suceder y mostrándoles el modo de que puede resultar mejor?»

«Y contigo,

Sócrates —le dijo—, parece que todavía más amigo trato tienen que con los demás, si es verdad que sin siquiera consultarles te avisan y te indican lo que debes hacer y lo que no.»

13. «Y aun tú has de reconocer la verdad de lo que digo, si no aguardas a que se te aparezcan los dioses en sus figuras, sino que te basta con ver sus obras para honrar a los dioses y venerarlos. Y considera que hasta los mismos dioses ese camino nos indican: pues ni los dioses que en particular nos dan sus bienes se nos muestran en presencia para darnos ninguno de ellos ni aquel que el mundo entero coordina y mantiene en uno, en quien todas están las hermosuras y los bienes y continuamente nos las está ofreciendo sin desgaste y sin mácula ni vejez y rápidas más que el pensamiento para atender sin yerro a nuestro servicio, a ése se le ve, sí, en cuanto realizador de las obras más grandiosas, pero es en la disposición y manejo de las mismas invisible para nosotros <sup>144</sup>.

14. Y considera que así también aquél que para todos parece manifiesto, el sol, no se deja ver distintamente de los hombres, sino que, si uno intenta contemplarlo descaradamente, lo priva de la vista. Y asimismo los ministrantes de los dioses hallarás que son invisibles: porque el rayo claro es que de lo alto baja despedido y que abate todas las cosas con que tope; pero vérselo no se le ve ni al precipitarse ni al herir ni al retirarse; como también los vientos en sí mismos no se ven, aunque manifiestos están para nosotros los efectos que producen y los sentimos cuando se nos llegan. Pero ¿qué más que hasta en el hombre mismo el alma, que no hay justamente cosa de las humanas que participe de lo divino como ella, es manifiesto que en nosotros ejerce su gobierno, pero ella en sí no se le ve? Conque bueno será, considerando tales casos, no desdeñar lo que invisible sea, sino, reconociendo en las cosas que suceden su poder y fuerza, honrar al espíritu divino.»

15. «Por mi parte, Sócrates —respondió Eutidemo—, bien seguro estoy de que el espíritu divino ni por un momento habré de desatenderlo; pero una cosa me desalienta, y es que me parece que a los beneficios de los dioses ninguno de los hombres podrá jamás corresponderles con muestras de agradecimiento que sean dignas de ellos.»

16. «Pues no más por eso te desanimes,

142. Los griegos conocían, sobre todo para la parte de Europa, muchos pueblos en el estado de la ganadería y el nomadismo.

143. «El poder interpretativo», ἑρμηνεία, esto es, el lenguaje en cuanto razonamiento, λόγος, sino en cuanto medio de comunicación.

144. Las ideas monoteístas que ya desde el siglo VI se formaban, por un uso sublimado del nombre de Zeus (y así, por ejemplo, en Esquilo), cuajan ahora, entrando el siglo IV, aquí como en las obras tardías de Platón, en esta forma más científica.

Eutidemo —dijo—: pues ya tú ves que el dios de Delfos, cuando alguno le pregunta cómo puede dar gracias a los dioses, le responde “Según ley de la costumbre de tu pueblo <sup>145</sup>”; y ley es más o menos dondequiera propiciar con ofrendas a los dioses según los medios de cada uno. Así que, ¿cómo puede uno mejor y más piadosamente honrar a los dioses que haciendo así como ellos mismos mandan?» 17. Ahora que de los medios de cada cual no hay que quedarse corto en modo alguno: pues, cuando uno así lo hace, claro está sin más con eso que no está honrándolos a los dioses. Así que lo que hay que hacer es sin escatimar honrar a los dioses según los medios y tener confianza y esperar los mayores beneficios; pues de cierto que de ningún otro puede ser sensato esperar mayores bienes que de aquellos que mayor poder tienen para hacer bien, ni nada más sensato se puede hacer que complaciéndolos a ellos; y ¿cómo mejor puede uno complacerlos que obedeciéndoles lo mejor que sepa?» 18. Con estas, en fin, y tales conversaciones y predicando él con el ejemplo, iba haciendo a los que con él andaban más piadosos, más virtuosos y prudentes.

**CAPITULO IV.1.** Pero bien es verdad que tampoco acerca de lo que es o no justo ocultaba la manera en que pensaba, como que —más aún— la demostraba con las obras, en lo privado tratando a todos según ley y para pro de todos, y en lo público obediendo a los que mandaban según lo que las leyes disponían, lo mismo en lo civil que en las campañas militares <sup>146</sup>, al punto de distinguirse entre todos por su disciplina. 2. También, cuando en las asambleas, habiéndole tocado hacer de presidente, no le permitió al pueblo hacer una votación ilegalmente, sino que, apoyándose en las leyes, hizo frente a una avalancha tal del pueblo, que no creo que otro ningún hombre la hubiera resistido <sup>147</sup>. 3. Y así también, cuando los Treinta le ordenaban algo con-

145. *Νόμιω πόλεως* es la prudente respuesta del oráculo de Apolo. Sobre la idea de «según los medios», *κατὰ δύναμι*, y el verso de Hesiodo en que se apoya, cfr. I.III.3 y nota 26.

146. Del valor y, sobre todo, la resistencia de Sócrates en las campañas de las guerras en que le tocó tomar parte (Potidea, en 429; Delio, en 424; Anfípolis, en 422) se nos habla en Platón, *Apol.*, 28 e; *Simp.*, 220 a-e; *Laques*, 181 a, entre otros lugares más.

147. Sobre esta actuación de Sócrates, oponiéndose a un pro-

tra las leyes, no les obedecía; así al advertirle repetidamente que no siguiera conversando con los jóvenes, y, habiéndole ordenado a él como a algunos otros de los ciudadanos que fuera a detener a uno para condena a muerte, fue el único que no les obedeció, en atención a que aquello se le ordenaba en contra de las leyes <sup>148</sup>.

4. Y así, cuando acusado en juicio comparecía, estando por los demás establecida en los tribunales la costumbre de conversar con los jurados para ganar favor y de adularles y suplicarles en contra de las leyes, y siendo muchos por estos medios los que salían absueltos a menudo por los jurados, él no quiso hacer nada en el tribunal de los ilegales manejos acostumbrados, sino que, habiendo podido ser fácilmente absuelto por los jurados, a poco que hubiera cedido a emplear alguno de esos medios, prefirió mejor morir siguiendo a las leyes fiel que no contraviniéndolas salvar la vida.

5. Y también en ese sentido hablaba muchas veces, mas entre otros con que lo hizo me consta de una vez que tuvo con Hipias el eleo la siguiente conversación acerca de lo justo <sup>149</sup>. Que es que, habiendo después de mucho tiempo llegado a Atenas Hipias, se encontró con Sócrates en sazón que estaba éste diciéndoles a algunos cómo era sorprendente que, en tanto que, si se quería enseñar a uno para curtidor o para herrero o carpintero o jinete, no había dudas de adónde podría enviárselo para lograr su fin («y aun dicen algunos que un buey o caballo quien quiera hacer de ellos un buey o caballo justo y bueno encontrará a montones quienes los adiestren»), en cambio, si quería aprender uno la virtud de justicia o enseñársela a su hijo o criado, no supiera adónde tenía que acudir para conseguirlo. 6. Conque, habién-

ceso irregular contra los nueve generales de las Arginusas, v. I.I.18, con notas 8 y 92.

48. Sobre la prohibición de hablar con los jóvenes, v. I.II.32-38.—Se trata de la detención de León de Salamina, a quien se dio orden a Sócrates y a otros de ir a buscar a aquella isla, donde se había desterrado voluntariamente de lo que tenemos noticia en Jenofonte, *Hel.*, II, 3, 39, y Platón, *Apología*, 32 c.

149. Hipias de Elide, uno de los sofistas o profesores más notables, que explicó por muchas ciudades enseñanzas muy diversas; un encuentro con Sócrates joven (que podría coincidir con el *hace no sé cuánto tiempo* que se lee en el 6) se nos presenta en el *Protagoras* platónico, donde aparece su figura nimbada de brillante vanidad; y da nombre a otros dos diálogos de Platón, los llamados *Hipias Mayor* y *Menor*.

dole oído Hipias hablar así, y bien como en son de burla: «Así que tú, Sócrates —le dijo—, ¿todavía estás diciendo aquellas mismas cosas que ya una vez te oí decir hace no sé cuánto tiempo?» A lo cual Sócrates: «Y lo que es todavía peor que eso, Hipias —contestó—, que no sólo digo siempre las mismas cosas, sino además acerca de los mismos temas; pero tú, tal vez, por eso de ser hombre de saberes, nunca sobre unos mismos temas dices las mismas cosas.» «Por supuesto —contestó— que trato siempre de traer alguna novedad en lo que digo.»<sup>150</sup> 7. «Y ¿eso es también —le preguntó— acerca de las cosas de que sabes?: como, por ejemplo, de las letras, si alguno te pregunta cuántas y cuáles son las que tiene “Sócrates”, ¿decías unas antes y ahora tratas de decir otras? O de los números, a los que te preguntan si dos veces cinco son diez, ¿no les respondes lo mismo ahora que respondías antes?» «Sobre esas cosas, Sócrates —le dijo—, al igual que tú, también yo digo lo mismo siempre; pero, en todo caso, acerca de lo justo bien seguro estoy de que tengo cosas que decir ahora a las que ni tú ni otro ninguno ha de poder contradecir.» 8. «Por vida mía —dijo él—, gran hallazgo es ese que dices haber hecho y muy gran bien, si con él van a dejar ya los jurados de votar en desacuerdo y a dejar los ciudadanos de disputar sobre lo justo y litigar y tener luchas de partidos, y a dejar las naciones de estar en desacuerdo sobre lo que es justo y de hacerse guerra. Yo por mi parte no sé cómo me voy a poder apartar de ti sin oírte acerca de tamaño descubrimiento y tan magnífico como has hecho.» 9. «Pues, a fe mía —respondió—, que no me oírás hasta que hayas declarado tú lo que tú estimas que es lo justo. Que ya está bien de que te estés riendo siempre de los demás, preguntándoles a todos y examinándolos, y tú sin querer nunca darle a nadie razón ni cuenta ni declarar tu opinión sobre cosa alguna.» 10. «Pero, ¿cómo, Hipias? —respondió—: ¿no te has percatado de que yo no paro un momento de manifestar lo que me parece que sea justo?» «Y ¿cómo es, en fin —le dijo—, ese razonamiento o discurso tuyo?» «¿Y, si no es con razones ni palabras —contestó—, sino con obras y hechos como lo manifiesto?: o ¿no te

150. Nada más significativo que este enfrentamiento entre el «hombre de saberes» (πολυμαθής), y por tanto de novedades, y el filósofo que siempre habla de lo mismo; confróntese la frase de Heráclito (fr. 41 Diels): «multitud de saberes (πολυμαθίμ) no enseña a pensar bien; ...pues una cosa sola es lo sabio».

parece a ti que las obras sean testimonio más de fe que las palabras?» «Mucho más, a fe —le respondió—: pues, mientras muchos son los que, diciendo lo que es justo, hacen lo que es injusto, obrando en cambio con justicia nadie podría ser injusto.» 11. «¿Has tenido pues de mí noticia alguna de que haya dado falso testimonio o de que haya hecho de denunciante o de que haya metido en discordia a amigos o ciudadanos o cualquier otra cosa injusta que haya hecho?» «No, yo no», le respondió. «Y el abstenerse de las injustas obras, ¿no te parece justo y bueno?» «Bien se ve, Sócrates —le dijo—, que una vez más estás tratando de escurrirte de declarar tu parecer sobre lo que piensas que es lo justo: pues no estás con todo eso diciendo lo que los justos hacen, sino lo que no hacen.» 12. «Ah, pero yo creía —contestó Sócrates— que el no querer hacer injusticia o daño era bastante muestra de virtud y de justicia<sup>151</sup>. Pero, si a ti no te parece así, mira a ver si te place más del siguiente modo: que es que digo yo que lo que es según ley es justo.» «¿Quieres decir, Sócrates, que es una misma cosa legal y justo?» «Eso mismo», respondió. 13. «Que es que no percibo qué cosa entiendes por “legal” y cuál por “justo”.» «Pero leyes del estado —dijo—, ¿entiendes lo que son?» «Eso sí», le contestó. «Y ¿qué es lo que son, a tu entender?» «Lo que los ciudadanos —respondió— han promulgado, acordando lo que se debe hacer y de lo que abstenerse.» «Así que entonces —dijo— obrará según ley el que de acuerdo con eso se gobierne y contra ley el que lo contravenga.» «Pues sí, ni más ni menos», dijo él. «Entonces pues cosas justas hará el que las obedezca y cosas injustas el que las desobedezca.» «Pues sí, sin duda.» «Así que entonces, quien hace cosas justas justo es y quien injustas es injusto.» «Sí, pues claro.» «Por consiguiente, el que obra según ley es justo y el que contra ley injusto.» 14. A lo que Hipias: «Pero las leyes, Sócrates —le dijo—, ¿cómo puede uno tenerlas por cosa seria ni el prestarles obediencia, cuando a cada paso los que las han establecido vienen a abolirlas y cambiar por otras?» «Es que también la guerra —dijo Sócrates—, después de haberla sostenido, las naciones vienen de nuevo a hacer la paz.» «Ya lo creo que sí», repuso. «¿Crees pues que hay alguna diferencia —dijo— entre dar de tontos a los que obedecen a las leyes porque pueden ser las leyes derogadas y censurar a los que guar-

151. «Injusticia o daño», «virtud y justicia»; respecto a estas dobles traducciones de los nombres, v. nota 134.



dan en las guerras disciplina porque puede venir la paz? o ¿también a los que en las guerras acorren a sus patrias con toda el alma se lo reprochas?» «No, a fe mía que no», le dijo. 15. «Y Licurgo el lacedemonio —dijo Sócrates— bien habrás caído en la cuenta de que no hubiera conseguido hacer a Esparta en nada diferente de las demás naciones, si no hubiera imbuido en ella más que en parte alguna la obediencia de las leyes. Y entre los que gobiernan en los pueblos, ¿no te das cuenta de que los que hacen más por imponer en sus conciudadanos la obediencia de las leyes son los mejores gobernantes, y que el pueblo en que más obedecen a las leyes los ciudadanos es el que mejor vive en la paz y es en la guerra el más irresistible? 16. Pero más aún, que el común acuerdo se tiene por el bien mayor para las naciones y mil veces en ellas los senados y los hombres más ilustres exhortan a sus conciudadanos a estar de acuerdo, y por doquiera en Grecia hay una ley establecida de que prometan con juramento los ciudadanos estar de acuerdo, y por doquiera prestan ese juramento; y pienso yo que no se hace tal cosa en la intención de que otorguen el premio todos los ciudadanos a los mismos coros ni de que den todos a los mismos flautistas su alabanza ni de que prefieran a los mismos poetas o para que tengan todos gusto en unas mismas cosas, sino que todos obedezcan a las leyes. Pues allí donde los ciudadanos a ellas se atienden vienen a ser los pueblos los más fuertes y los más felices; en tanto que sin acuerdo ni puede ser bien gobernado un pueblo ni una casa debidamente administrada. 17. Y en cuanto al propio interés de uno, ¿cómo puede correr menor peligro de sufrir castigo del estado o cómo lograr mayores títulos a recibir honores que guardando a las leyes obediencia? Y ¿cómo menor peligro de perder en los tribunales ni mayor título para ganar? Y ¿a quién mejor que a él podrá confiarle nadie el depósito y guarda de dineros o de hijos o de hijas? Y ¿a quién va a tener la nación entera por más digno de fe que al que obra según las leyes? Y ¿de quién otro van a lograr mejor satisfacción de sus derechos justos ya padres o ya familiares o criados o ya amigos o conciudadanos o forasteros? Y ¿a quién otro van a confiarse mejor los enemigos ya para treguas o armisticios o tratados ya de paz? Y ¿con quién mejor que con el hombre de ley querrán tener las gentes alianza? Y ¿a quién van mejor los aliados a confiar bien el mando supremo o bien la jefatura de una guarnición o bien sus ciudades mismas? Y ¿de quién va a esperar nadie sacar mejor que del hombre de ley agradecimiento

de los favores que le haga? O ¿a quién hará mejor favores nadie que no a aquel de que cuida recoger agradecimiento? O ¿con cuál otro querrá nadie tener amistad mejor que con quien tal sea o con cuál menos querrá la enemistad? Y ¿a quién estará menos dispuesto nadie a hacerle guerra sino a aquel de quien más quiere ser amigo y menos enemigo y del que son más que de nadie los que quieren ser amigos y aliados y menos que de nadie los que contrarios y enemigos? 18. Así que yo de mi parte, Hípias, manifiesto que lo según ley y lo justo son una misma cosa; pero tú, si tienes la opinión contraria, puedes ir la ya exponiendo.» A lo cual Hípias: «Bien, pues yo, a fe mía, Sócrates —le dijo—, no creo que mi opinión sea contraria a lo que has dicho acerca de lo justo.» 19. «Y en cuanto a leyes no escritas, Hípias —dijo él—, ¿sabes lo que son?» «Sí —respondió—: las que en todo país se tienen y reciben del mismo modo.» «¿Podrías decir entonces —dijo él— que las han establecido los hombres?» «Y ¿cómo iban a poder hacerlo —contestó—, que ni habrán podido todos juntarse en uno ni tienen entre sí la misma lengua?» «¿Quiénes pues —le dijo— crees tú que habrán estatuido las leyes esas?» «Yo ciertamente —respondió— los dioses creo que esas leyes a los hombres les han puesto; pues que además entre los hombres todos la primera ley que se tiene es la de adorarlos a los dioses.» 20. «También entonces lo de honrar a los padres se tiene en todas partes como ley.» «También eso», respondió. «Y también entonces que ni los padres se ayuntan con los hijos ni los hijos con los padres.» «Esa ya, Sócrates —le dijo—, no me parece que sea ley de la divinidad.» «Y eso, ¿por qué?», le preguntó. «Porque —dijo— tengo noticia de que hay algunos que la contravienen.» 21. «Pues también en otros muchos puntos —dijo él— contravienen a las leyes; pero la pena de cierto que la pagan los que infringen las leyes establecidas por los dioses, pena que por ninguna vuelta es dado a un hombre escapar de ella, como las leyes por hombres establecidas, que algunos que las infringen escapan de pagar la pena, los unos por ocultamiento, los otros por violencia.» 22. «Y ¿cuál es la pena, Sócrates —preguntó—, de que no pueden escapar los padres que con sus hijos y los hijos que se ayuntan con sus padres?» «La mayor que puede haber, a fe mía —respondió—: pues, ¿qué mayor desgracia puede pasarles a los hombres al engendrar hijos que la de engendrar hijos malogrados?» 23. «¿Por qué pues —le dijo él— van a tener en esos casos hijos malogrados, siendo así que nada se opone a que



sean buenos padres que de buenas madres los engendren?» «Porque, a fe —le dijo—, no basta con que sean buenos el hombre y la mujer que se junten a tener hijos, sino además que estén en la fuerza de sus cuerpos; o ¿te parece que son iguales las simientes de los que en la flor de la edad están y las de aquellos que no la han alcanzado todavía o que ya han pasado de ella?» «Pues, por mi fe —le dijo—, que no, no es probable que lo sean.» «¿Cuáles de ellas pues —le preguntó— serán mejores?» «Es claro —respondió— que las de los que están en flor de edad.» «Las de aquellos que no lo están, por tanto, de poca virtud serán.» «Así es lo más probable», contestó. «Así que entonces en esas condiciones no se deben hacer hijos.» «Pues no, en efecto», respondió. «Entonces pues los que los hacen en esas condiciones hácenlos como no es debido.» «Eso creo yo», le dijo. «¿Quiénes otros pues —le dijo él— van a tener más cierto hijos malogrados, si aquellos tales no?» «De acuerdo estoy contigo —díjole— también en eso.»<sup>152</sup>

24. «Pues ¿qué?: el pagar con bien a los que bien nos hacen, ¿no se tiene como de ley en todas partes?» «De ley, sí —le respondió—; aunque esa ley también se contraviene.» «Y, por tanto, también los que ésa contravienen su pena pagan, quedándose desiertos de amigos buenos y viéndose obligados a andar detrás de quienes les odian; o ¿no es verdad que los que hacen bien a quien ellos tratan son amigos buenos, mas los que no les corresponden a los tales vienen por su ingratitud a ser de ellos odiados, si bien por la mucha cuenta que les tiene mantener su trato no pueden menos de seguir andando detrás de ellos?» «A fe mía, Sócrates —dijo él—, que bien cosa divina parece todo eso: pues eso de que las leyes mismas tengan en sí el castigo para el que las infringe cosa me parece de un legislador mejor de lo que en hombres cabe.»

25. «Y entonces, ¿qué crees tú, Hipias: que son las cosas justas lo que los dioses disponen en sus leyes o que son otras que las justas lo que disponen?» «¿Cómo otras?: no, a fe mía —contestó—: pues tarde iba nadie a legislar lo que fuera justo, si no lo hacía un dios.» «También, por tanto, a los dioses, Hipias, les place que sea una misma cosa lo justo y lo de

152. No debe extrañarnos tampoco demasiado que en la fase en que la religión, perdida la seguridad de funcionamiento del terror inmediato (p. ej., del incesto), se pone a buscar razones en la ciencia, se pueda llegar a aberraciones tan extremas como ésta de Jenofonte.

ley.» Cosas diciendo como éstas y de este modo obrando, trataba de hacer más justos a los que se le acercaban.

*CAPITULO V.1.* Mas de cómo también hacía mejores para la acción a los que con él andaban, es de lo que a su vez voy a hablar ahora. Pues, considerando que disponer de dominio sobre sí mismo era un bien para el que intentara hacer alguna cosa noble, él mismo, en primer lugar, se mostraba a los que con él estaban como el hombre que más de todos se tenía a sí mismo trabajado, y luego en sus conversaciones incitaba a sus acompañantes al propio dominio por encima de todo.

2. Así que pasaba él la vida teniendo en la mente siempre las cosas que podían ayudar a la virtud y siempre a todos los que con él andaban haciéndoles acordarse de ellas. Y me consta de una vez que también con Eutidemo<sup>153</sup> tuvo acerca del dominio de sí mismo el diálogo siguiente: «Oyeme, Eutidemo —díjole—: ¿consideras tú que sea alguna hermosa y magnífica posesión, así para un hombre como para un pueblo, la libertad?» «Como la que más de todas pueda serlo», respondió.

3. «Aquel pues que se ve gobernado por los deleites corporales y que no puede por culpa de ellos hacer lo que mejor sea, ¿piensas tú de ése que sea libre?» «De ninguna manera», dijo. «Será tal vez porque se te aparece que lo propio del libre es hacer lo que mejor sea, y que tener por ende quienes impidan obrar así cosa será de esclavos.» «Así punto por punto», respondió.

4. «Punto por punto pues te parecerá que los que no saben dominarse no son libres, sino esclavos.» «A fe mía que sí, seguramente.» «Y ¿qué te parece: que los que no se dominan se ven tan sólo impedidos de hacer lo mejor que sea o que forzados se ven también a cometer lo peor y más vil que haya?» «No menos me parece a mí —repuso— que se vean obligados a hacer esto que impedidos de lo otro.»

5. «Y ¿qué tales dueños consideras tú a los que impiden de lo más noble y fuerzan a lo peor?» «Pues, a fe —le dijo—, todo lo peores que decir se pueda.» «Y ¿qué clase de esclavitud estimas tú que sea la peor de todas?» «Yo, por supuesto —respondió—, aquella en que se sirva a los peores amos.» «A la peor, por tanto, de las esclavitudes sometidos están los que no se dominan a sí mismos.» «Así es lo que yo creo», respondió.

6. «Y siendo la inteligencia el bien más grande, ¿no te parece que, excluyendo a los hombres de ella su falta de

dominio, los arroja a todo lo contrario? O ¿no te parece que les impide de atender a las cosas que puedan serles útiles y de comprenderlas, arrastrándolos a los deleites, y que muchas veces, dándose cuenta de lo que es bueno y lo que malo, los perturba al punto de hacerles preferir lo peor a lo mejor?» 7. «Así sucede», respondió. «Pues del buen juicio y la prudencia, Eutidemo, ¿a quién diremos que le toca menos que al hombre sin dominio? Que, en fin, puede decirse que las obras contrarias de la prudencia son obras de la incontinencia justamente.» «De acuerdo estoy también en eso», respondió. «Pues de cuidarse de lo que conviene, ¿crees que haya mayor impedimento que la falta de dominio?» «No, no lo creo», dijo. «Pero cosa peor que la que hace preferir a las cosas de provecho las dañosas y que persuade a atender a éstas y de aquéllas descuidarse y que obliga a hacer lo más contrario a los prudentes, ¿crees que peor la haya para el hombre?» «No, ninguna», respondió. 8. «Así que el dominio de sí mismo pues será probablemente causa para los hombres de los efectos contrarios que la falta de dominio.» «Pues sí, sin duda», dijo él. «Y asimismo pues lo que produzca los contrarios efectos será seguramente el bien mejor.» «Seguramente», respondió. «Parecer ser, por tanto —díjole—, Eutidemo, que lo mejor para el hombre es el dominio de sí mismo.» «Pues sí —le dijo—, así parece, Sócrates.» 9. «Y otra cosa, Eutidemo, no sé si ya alguna vez habrás meditado en ella.» «¿Qué cosa?», preguntó. «Que hasta los placeres mismos, que es el único fin al que parece conducir a los hombres la incontinencia, ésta no puede a ellos conducirlos, mientras que el dominio de sí mismo es lo que más de todo hace gozar de los placeres.» «¿Cómo es eso?», dijo él. «Que, así como la incontinencia, al no dejar aguantar ni el hambre ni la sed ni el deseo del placer de amor ni la falta de sueño; que son los únicos medios de comer y de beber y de entregarse al amor con gusto y con gusto echarse a dormir y reposar, tras haber aguardado y resistido hasta que esas cosas vengan con todo el placer posible, con ello impide disfrutar de gozo que lo valga en las cosas más de necesidad y más frecuentes, pero en cambio el dominio de uno mismo, siendo el único que hace aguantar las privaciones dichas, el único es también que hace gozar en lo que dicho queda placer alguno digno de recordación.» «Verdad es—dijo él—de todo en todo lo que dices.» 10. «Pero más aún: que del aprender cualquiera cosa noble y buena y del dedicarse a alguna de ellas, los medios por que pueda uno gobernar bien su propio cuerpo y administrar

bien la propia casa y venir a ser útil a sus amigos y a su pueblo y vencer a sus enemigos, estudios de los que no ya sólo provechos se consiguen, sino los mayores también de los placeres, cosa es de que disfrutan los continentes poniéndolas por obra, mas los incontinentes de nada de eso participan. Pues, ¿a quién diremos que menos le ha de tocar de tales cosas que a aquel que menos le es posible dedicarse a ellas, embargado por la preocupación de procurarse los placeres más inmediatos?» 11. Conque aquí Eutidemo: «Me parece, Sócrates—le dijo—, que das a entender que a un hombre dominado por los placeres corporales no se le da nada en absoluto de valor ni virtud ninguna.» «Pues dime tú, Eutidemo—dijo él—, ¿en qué se diferencia un hombre sin dominio de la más bruta de las alimañas? Porque uno que lo que más importa no lo mira y que anda buscando a hacer lo más agradable, sea como sea, ¿en qué puede distinguirse de las más estúpidas cabezas de ganado? Pero a bien que sólo a los que tienen dominio de sí mismos les es dado mirar las cosas que más importan y, con palabras y con hechos discerniéndolas en sus clases, elegir las buenas y apartarse de las malas.» 12. Conque así era como decía que llegaban a ser los hombres lo mejores y lo más felices y lo más capaces para discurrir y dialogar; y aun decía que el dialogar o discutir se decía en griego, *dialégesthai* de los que se juntaban en común a reflexionar discerniendo y distinguiendo esto es, *dialégonas*, las cosas en sus géneros y clases<sup>154</sup>. Así que había que intentar—decía él—ponerse uno a sí mismo para eso en la mejor disposición y antes que nada a ello dedicarse, pues que era de ahí de donde mejores hacíanse los hombres y más capaces de gobierno y más hábiles a la dialéctica y el diálogo.

**CAPITULO VI.1.** Mas de cómo también hacía mejores para el diálogo y la dialéctica a los que con él andaban, voy a tratar asimismo de exponerlo. Pues estimaba Sócrates que los que sabían qué era cada cosa de las que son también podrían explicárselo a los demás; mas los que no lo sabían decía él que no era nada

154. Se explica el valor de la voz media, *διαλέγεσθαι*, conversar, por el de la voz activa *διαλέγειν*, distinguir, tal vez sin razón en el sentido de la lingüística histórica; pero la interrelación entre ambas cosas, el contraponerse de los interlocutores en diálogo con el establecimiento en el análisis de los hechos mismos de las antítesis que aspiran a su síntesis, domina el proceso todo de la dialéctica.

extraño que se equivocaran ellos y que hicieran a los demás equivocarse<sup>155</sup>; en vista de lo cual no se cansaba nunca de investigar con los que le acompañaban a ver qué era cada cosa de las que son. Todas las maneras, pues, en que hacía las definiciones obra iba a ser de mucho empeño el exponerlas; mas, al menos las que pienso yo que bastarán para indicar el método de la inquisición, voy a pasar a referirlas.

2. Y, para empezar, acerca de la piedad o devoción religiosa así solía, más o menos, inquirir: «Dime, Eutidemo<sup>156</sup>—preguntaba—: ¿qué especie de cosa piensas tú que es la piedad?» A lo que él: «Cosa, a fe mía, la más alta y buena», le contestó. «¿Puedes, pues, decir qué especie de hombre viene a ser el piadoso?» «Me parece a mí—le dijo—que el que honra a los dioses.» «Y ¿es dable honrar a los dioses de la manera que uno quiera?» «No, sino que hay leyes según las cuales hay que honrarlos a los dioses.»

3. «Así pues, el que sepa las leyes esas sabrá seguramente ya cómo a los dioses hay que honrar.» «Así lo creo yo», repuso. «Y entonces el que sepa cómo hay que honrarlos a los dioses no de otro modo cree que habrá que hacerlo sino como sabe.» «Pues no, desde luego», contestó. «Y ¿honra alguien a los dioses de otro modo que como cree que hay que hacerlo?» «No creo», contestó.

4. «Por consiguiente, el que conoce lo que es de ley respecto a los dioses, ¿según ley habrá de honrarlos a los dioses?» «Sí, ni más ni menos.» «Y entonces aquel que según ley los honra, los honra como es debido.» «Qué duda cabe.» «Y el que los honra como es debido, aquél es piadoso.» «Ni más ni menos», respondió. «Por tanto, “el que conoce lo que es de ley respecto de los dioses”, ¿podrá servirnos como justa definición del piadoso?» «A mí, en todo caso—dijo—, así me lo parece.»

5. «Y a los hombres, ¿es dable tratarlos de la manera que uno quiera?» «No, sino que también respecto de ellos aquel que sabe lo que es de ley, según lo cual tratarse los unos a los otros, será el que sea hombre de ley.» «Y entonces, los que de acuerdo con eso trátanse los unos a los otros, se tratan como es debido.» «Qué duda cabe.» «Luego aquellos que se tratan como es debido son los que se tratan bien.» «Ni más ni me-

nos», dijo. «Luego aquellos que tratan con los nombres bien son los que actúan bien en las acciones humanas.» «Seguramente sí», le dijo. «Y entonces, pues, los que obedecen a las leyes, éstos son los que hacen obras justas.» «Sí, ni más ni menos», respondió.

6. «Y cosas justas—dijo—, ¿sabes tú a cuáles se las llama?» «A aquellas que las leyes mandan», contestó. «Los que hacen, pues, lo que las leyes mandan, ¿hacen lo que es justo y lo que es debido?» «Qué duda cabe.» «Aquellos, pues, que hacen lo que es justo, justos son.» «Así lo creo yo», repuso. «¿Crees tú, pues, que hay algunos que obedezcan a las leyes sin saber lo que las leyes mandan?» «No lo creo», contestó. «Pero, sabiendo lo que se debe hacer, ¿crees tú que haya algunos que piensen que se deba no hacer eso?» «No creo yo», le dijo. «Y ¿sabes de alguien que haga otra cosa que lo que cree que debe hacerse?» «Yo no», le respondió. «Por tanto, los que saben lo que es de ley respecto de los hombres, éstos mismos son los que hacen lo que es justo.» «Ni más ni menos», respondió. «Aquellos, pues, que hacen lo que es justo, justos son.» «¿Quiénes lo iban a ser, si no?», le contestó. «Con razón, por tanto, al fin podremos definirlos a los justos definiéndolos como “los que saben lo que es de ley respecto de los hombres”.» «Así me lo parece», contestó<sup>157</sup>.

7. «Pues y sabiduría, ¿qué habemos de decir que es? Dime tú qué crees: ¿que los sabios son sabios de las cosas de que entienden o que hay algunos que sean sabios de lo que no entienden?» «De lo que entienden, claro está—le contestó—; pues ¿cómo podría uno sin entender de una cosa ser sabio de ella?» «Así que los sabios, pues, ¿son sabios en virtud de ciencia y entendimiento de las cosas<sup>158</sup>?» «Pues, ¿en virtud de qué otra cosa—dijo él—podrá ser sabio nadie si no es de ciencia y entendimiento?» «Y ¿crees que otra cosa sea sabiduría sino en virtud de lo que son los sabios sabios?» «No, yo no.» «¿Así que entendimiento es, pues, y ciencia de las cosas, la sabiduría?» «Así me lo parece.» «Y entonces, ¿te parece

155. Es, seguramente, un acierto poner la pregunta de qué es lo que es, es decir, qué derecho de razón tiene lo que se presenta siendo de hecho en el lenguaje habitual, en el arranque de la dialéctica socrática.

156. Sobre Eutidemo véase nota 129.

157. Aceptablemente transparece bajo este pretencioso laboreo erotemático la actitud socrática, bien conocida por los diálogos platónicos, de que no se puede hacer mal a sabiendas de que se hace mal.

158. Se viene a reducir σοφία, sabiduría, inteligencia; a ἐπιστήμη, que traducimos por ciencia y entendimiento; algo así como que la especulación intelectual sobre los temas sólo puede ser dada por el trato con los objetos mismos.



a ti que le sea posible a un hombre conocer y entender de todas las cosas que hay?» «Ni siquiera, a fe mía, creo yo que ni una mínima parte de todas ellas.» «¿Así que en todas las cosas no es posible que sea un hombre sabio?» «A fe mía que no, desde luego», respondió. «¿De modo que aquello de que entiende cada uno es precisamente en eso en lo que es sabio?» «Así me lo parece.» 8. «Entonces, Eutidemo, ¿también para investigar el bien y lo que es bueno hay que seguir ese camino?» «¿Qué camino?», dijo él. «Te parece a ti que una misma cosa es útil para todos?» «No, no tal.» «Y veamos: lo que es útil para uno, ¿no te parece que es a veces dañoso para otros?» «Ya lo creo», respondió. «Pero, ¿puedes tú decir que otra cosa ninguna sea buena sino la que es útil?» «No por cierto», contestó. «Algo pues que es útil, ¿será bueno para todo aquel que sea útil?» «Eso creo», contestó. 9. «Y en cuanto a la hermosura, ¿podríamos decir algo distinto de eso? O ¿es que llamas tú hermoso, sea un cuerpo, sea un mueble o vasija u otra cosa cualquiera, a aquello que sabes que es hermoso para todo fin y cualquier uso?» «No, a fe que no», le dijo. «¿Es entonces atendiendo al fin para que cada cosa es útil como decimos que es cada cosa hermosa de usar o de buen uso?» «Ni más ni menos», contestó. «Pero hermosa, ¿será cada una de ellas a otro fin y respecto que aquel para el que es hermosa de usar o de buen uso cada una?» «A ningún otro respecto y fin», le dijo. «Algo pues que sea útil, ¿será hermoso respecto a lo mismo que sea útil?» «Así me lo parece», contestó <sup>159</sup>. 10. «Y en cuanto a la valentía, Eutidemo, ¿consideras que esté entre las nobles y hermosas cosas?» «Y aun a bien que entre las más hermosas la coloco», respondió. «Como útil, pues, no crees que lo sea la valentía para los fines menos importantes.» «¿Cómo, pues? —repuso—: para los más grandes, a fe mía.» «¿Te parece pues que frente a las amenazas y peligros sea útil desconocerlos?» «De ningún modo», respondió. «Así que los que no tienen miedo de cosas de esas debido a no saber ni cuáles son éstas, ¿no son valientes?» «Pues sí, a fe—repuso—: que lo que es a esa cuenta, muchos de los locos y de los cobardes habían de ser valientes.» «Y ¿qué hay de los que tienen miedo aun de las cosas que no son de temer?» «Esos, a fe—le dijo—, menos todavía.» «Entonces los que son buenos respecto a amenazas y peligros, ¿estimas que son valientes y los malos que cobardes?» «Pues sí, ni más ni me-

nos», contestó. 11. «¿Y buenos respecto a tales cosas consideras a algunos otros que los que pueden habérselas bien con ellas?» «No, sino éstos», contestó. «Y malos, por tanto, a los que son tales como para habérselas mal con ellas.» «Pues, ¿cuáles otros van a ser?», dijo. «Ora bien, tanto los unos como los otros, ¿se comportan en esas situaciones como creen que se debe?» «Pues sí: ¿qué más les cabe que eso?», dijo él. «Y entonces, los que no pueden portarse bien, ¿lo saben cómo hay que comportarse?» «Pues no, decididamente», respondió. «Los que saben pues cómo hay que comportarse, ¿son también esos mismos los que pueden?» «Sí, éstos solos», contestó. «Pues, ¿qué?: los que no estén por el error cegados, ¿se portarán mal en tales situaciones?» «No lo creo», respondió. «Así que los que se comportan mal es que están cegados por el error.» «Sí, seguramente», dijo. «¿Aquellos que saben pues del modo de habérselas bien con amenazas y peligros son valientes y los que andan en error a tal respecto son cobardes?» «Así me parece que son», le dijo. 12. Y en cuanto a monarquía y dictadura <sup>160</sup>, consideraba él que formas de gobierno lo eran ambas, pero pensaba que una de otra diferían; pues el gobierno que era con consentimiento de los ciudadanos y según las leyes de los pueblos lo consideraba monarquía, mas el que era mal de su grado y no según leyes, sino como quisiera el que mandase, dictadura. Y allí donde los gobernantes se eligen de entre aquellos que cumplan los requisitos de las leyes, esa constitución la definía como aristocracia, y allí donde se eligen por las evaluaciones de la renta, plutocracia, y allí donde se eligen de entre todos, democracia. 13. Y, si alguno discutía con él acerca de algún otro, sin tener nada preciso que decir, sino afirmando sin demostración que era más sabio el que él decía o mejor político o más valiente o cualquier otra cosa de éstas, haría remontar toda la discusión a la noción o principio básico, más o menos del siguiente modo: 14. «¿Dices tú que es mejor ciudadano el que tú alabas que el que yo?» «Pues sí: eso es lo que digo.» «¿Por qué pues no hemos ya lo primero examinado cuál sea la acción y obra de un buen ciudadano?» «Pasemos a hacerlo así.» «Bien, pues entonces, en tratándose de administración de las haciendas, habrá de llevar la palma el que haga al estado más abundante de recursos financieros.» «Sí, ni más ni menos», respondía. «Y, en tratándose de guerra, el que la haga quedar por cima de sus competidores.»

159. Confróntese III.VII.5 y nota 112.

160. Por «dictadura» traducimos τυραννίς.



«Pues, ¿cuál otro va a ser?» «Y, en tratándose de diplomacia, ¿será el que le consiga amigos en lugar de enemigos?» «Sí, seguramente.» «Y asimismo entonces en el debate público el que haga cesar las luchas de partidos y reinar el común acuerdo.» «Así es lo que me parece.» Conque así, haciéndose remontar las discusiones a sus fundamentos<sup>161</sup>, aun a los mismos que le contradecían se les iba mostrando clara la verdad. 15. Y en el caso de que fuera él el que estuviera sobre alguna cuestión argumentando, iba avanzando a través de los pasos que ganaban el más total asentimiento, estimando que en eso consistía la seguridad del razonamiento. Conque así, en efecto, resultaba que, cuando hablaba, conseguía mejor que cuantos yo haya conocido el asentimiento de los que le oían. Y decía que así Homero le atribuía a Ulises la cualidad de ser «orador sin fallo»<sup>162</sup> en virtud de que tenía habilidad para hacer avanzar el razonamiento apoyándose en los pareceres que los hombres daban por sentados.

*CAPITULO VII.1.* Que Sócrates pues descubría lisa y llanamente su propio parecer ante sus acompañantes paréceme que queda manifiesto con lo referido; de cómo además se preocupaba de que fueran éstos independientes en las actividades que les atañían es de lo que paso a hablar ahora. Pues a bien que más que a nadie de cuantos yo conozco dábale cuidado averiguar en qué cosa era entendido cualquiera de los que con él estaban; y de las materias que a un hombre de bien y pro le está bien conocerlas, en la medida que las sabía él, de la mejor voluntad del mundo se las enseñaba; y en lo que estaba él más inexperto los dirigía a quienes entendían de ello. 2. Y les enseñaba también hasta qué punto debía estar experto en cada materia un hombre educado como es debido. Por lo pronto, de geometría, decía él que había que aprender hasta el punto que estuviera uno en condiciones, para el caso que le hiciera falta, de adquirir o enajenar terreno por justa medición o de repartirlo o de señalarle el tanto de labor correspondiente; y que eso era cosa tan fácil de aprender que el que pusiera atención a una medición de tierra salía de allí

161. «Fundamentos» traduce *ὑπόθεσις*, esto es, el concepto o presupuesto mismo (del lenguaje habitual) que se maneja en la disputa, como en el ejemplo puesto el de buen ciudadano.

162. En *Odisea*, VIII, 171, se dice de Ulises: *mas él discurre sin fallo*.

sabiendo a la par la cantidad de terreno que era y la manera en que se mide. 3. Mas cuanto a seguir aprendiendo geometría hasta llegar a las figuras difíciles de comprender, lo desaconsejaba; pues decía él que no veía para qué podían esos estudios utilizarse; y él, sin embargo, inexperto en ellos no lo era; pero decía que bastaban por sí solos para consumir una vida de hombre y excluirlo de otros aprendizajes muchos y provechosos. 4. Y aconsejaba también entrar en conocimiento de la astronomía, aunque de ésta también no más al punto de poder reconocer la hora de la noche y la sazón del mes y el año, por mor de poder en viaje y navegación y guardia y cuantas otras cosas o por la noche se hacen o en el curso de mes y año valerse para ellas de señales, distinguiendo las horas y sazones de los tiempos dichos; y que también era todo eso fácil de aprender así de cazadores noherniegos como de timoneles y muchos otros a quienes importa conocer aquellas cosas. 5. Mas de seguir aprendiendo astronomía hasta aquel punto de conocer también los cuerpos que giran o no en la misma esfera y los planetas y los astros sin curso fijo y consumirse inquiriendo sus distancias de la tierra y la duración de sus revoluciones y las causas de ésta los disuadía decididamente; pues utilidad ninguna decía que veía en esas cosas; y, sin embargo, tampoco en ellas había dejado de oír lección; pero decía que también éstas por sí solas se bastaban para consumir una vida de hombre y excluirlo de otros aprendizajes muchos y provechosos<sup>163</sup>. 6. Y, en general, de las cuestiones celestiales y de cómo maneja y mueve la divinidad cada fenómeno disuadía de hacerse meditador de ellas: pues ni creía que estuviera en mano de los hombres descubrirlas ni estimaba que a los dioses pudiera serles grato el que investigaba lo que aquéllos no quisieron poner en claro. Y aun decía que corría riesgo de perder el juicio el que a tales cavilaciones se entregara, igual que lo perdió Anaxágoras el juicio<sup>164</sup>, el que más altas pretensiones tuvo en explicar la máquina y manejos

163. Es decir, los astros que se inscriben en el movimiento general de la bóveda celeste y los que se mueven con respecto a ésta, que son los planetas y cometas que se mencionan a continuación. Se dice, en efecto (v. Cicerón, *Tusc.*, V, 4, 10), que Sócrates oyó lección de Arquelaos, discípulo de Anaxágoras.

164. Anaxágoras de Clazómenas, el más agudo, sin duda, de los especuladores *περὶ φύσεως*, de la naturaleza o ser de las cosas, que, a lo que se deja ver por fragmentos y referencias, desarrolló

de los dioses. 7. Pues, cuando aquél decía que una misma cosa eran fuego y sol, no se daba cuenta de que el fuego los hombres tranquilamente lo contemplan, mientras que al sol no lo pueden mirar de frente, y que del sol a fuerza de recibir los rayos se les vuelve la piel más negra, mientras que del fuego no; y así mismo desconocía que de todas las plantas que nacen de la tierra sin la luz del sol ninguna puede crecer lozanamente, en tanto que, calentadas por el fuego, perecen todas ellas; y al afirmar que el sol es piedra incandescente, otra cosa olvidaba, y es que una piedra puesta en fuego ni resplandece ni lo resiste mucho tiempo, en tanto que el sol por el tiempo todo sigue siendo el más resplandeciente de los seres. 8. Y aconsejaba él aprender también los números y el cálculo; mas también en esas materias al igual que de las otras avisaba de guardarse de una vana aplicación, sino que hasta el punto de utilidad las examinaba todas él y las estudiaba en compañía de los que con él estaban. 9. Y aun les incitaba con muchas veras a cuidarse de la salud a los que con él estaban, así aprendiendo de los que sabían de ello todo lo que cupiera como observándose a sí mismo cada uno a lo largo de su vida, a ver qué alimento o qué bebida o qué clase de ejercicio le venía bien y cómo había de usar de ellos para llevar una vida lo más sana; pues, observándose uno mismo de ese modo, decía él que trabajo costaría encontrar un médico que mejor conociera lo que a su salud le fuera conveniente. 10. Y, si uno quería sacar mayor ayuda que la que podía dar la humana sabiduría, le daba aviso de ocuparse de adivinación; pues el que sabe las señales por las que los dioses hacen a los hombres indicaciones sobre sus asuntos decía él que nunca estaba abandonado del consejo de los dioses.

*CAPITULO VIII.1.* Mas, si ya por el hecho de que, mientras afirmaba él que el espíritu o divino genio <sup>165</sup> le avisaba de lo que

un sistema en que, movidos por la fuerza tanto física como intelectual del νοῦς, los procesos del análisis físico o desintegración se fundían con los del análisis dialéctico mismo, no se volvió propiamente loco, sino que simplemente fue desterrado por ateísmo de Atenas, donde enseñaba en tiempo de Pericles, a Lámpsaco, donde murió. En la *Apología* platónica rechaza Sócrates la atribución de doctrinas físicas que cualquiera podía leer comprando por un dracma el libro de Anaxágoras.

165. Sobre el «espíritu o divino genio» véase nota 2. Este capí-

debía y lo que no debía hacer, fue condenado a muerte por los jueces, piensa alguno que con ello se demuestra la falsedad de sus afirmaciones sobre el espíritu o divino genio, tenga en cuenta, lo primero, que a tal punto de su edad había ya llegado entonces, que, si no en aquel momento, no mucho más tarde había de finir su vida; y después, que lo que dejó por vivir fue la parte más penosa de la vida y en la que van todos amenguando en inteligencia; y en lugar de eso, al dar muestra de la fortaleza de su espíritu, añadió a su buen renombre, así por haber hablado en su defensa con más verdad y libertad y justicia que hombre alguno, como por haber sobrellevado la condena a muerte con la mayor dulzura y virilidad. 2. Pues se está de acuerdo en que jamás ninguno de los hombres de que quede memoria ha sabido llevar mejor su muerte. Que se vio obligado a vivir después del juicio por treinta días, debido a ser en aquel mes las fiestas Delias <sup>166</sup> y no consentir la ley que muriera nadie por pública ejecución hasta que la legación sagrada retornara de Delos; y durante ese tiempo vino a mostrarse a todos, íntimos y familiares, que no de otra manera seguía viviendo que en los tiempos anteriores; y por cierto que en su vida anterior se le admiraba más que a todos los hombres por el buen ánimo y dulce humor con que vivía. 3. Y ¿cómo puede más hermosamente nadie morir que de ese modo? O ¿qué muerte podría haber más hermosa que la que uno muere del modo más hermoso? Y ¿qué muerte más feliz podría darse que la más hermosa? O ¿cuál más cara a los dioses que la más feliz? 4. Y a este propósito voy a referir lo que a Hermógenes el de Hipónico <sup>167</sup> acerca de él le oí contar. Que es que decía que, teniendo ya Meleto presentada contra él la acusación, en vista de que

tulo es una especie de epílogo en que se resumen los puntos tocados en el libro IV y se repiten o amplían referencias y conceptos que pueden verse también en la *Apología*.

166. Las fiestas Delias, conmemorando la victoria de Teseo sobre Minotauro, por la que Atenas quedaba libre del tributo de los siete muchachos y las siete doncellas (nótese el número apolíneo), consistía en el envío a Delos de una *θεωρία* o legación sagrada con una nave y un coro (confróntese III.III.12, nota 86, donde, sin embargo, no es preciso suponer referencia a esta fiesta en especial). De su intervención en la demora de la muerte de Sócrates y de cómo éste vivió esos días nos da noticia el *Fedón* (v. 58 a-c).

167. Hermógenes ha aparecido en I.II.48 y II.10; lo volveremos

le oía hablar de cualquier cosa menos del juicio, le dijo él que había que mirar a ver lo que había de decir en su defensa; y que él lo primero de todo respondió: «Qué, ¿es que no te parece que me he pasado la vida entera preparando esa defensa?»; y que, al preguntarle él que cómo, le contestó que había llegado sin otra cosa hacer al fin de sus días que distinguiendo lo justo y lo injusto, lo bueno de lo malo, y haciendo lo que era justo y absteniéndose de lo que no, que era la mejor preparación de una defensa que creía él que había. 5. Y que él, a su vez, le dijo entonces: «¿No ves, Sócrates, que los jurados atenienses han habido veces ya que a muchos que nada malo habían hecho, desorientados por la argumentación, los han condenado a muerte y a muchos que tenían delito los han soltado?» «Pero es que, por fe mía, Hermógenes—que le dijo él—, que ya al ir yo a intentar meditar sobre la defensa ante los jueces se me ha opuesto el espíritu o divino genio»; a lo que él le contestó: «Cosas extrañas las que dices.» 6. Pero él, «¿Te extrañas—que le dijo—que le parezca bien a la divinidad que termine ya mi vida? ¿No sabes tú que hasta este día no hay un hombre solo a quien yo le reconozca haber vivido ni mejor que yo ni más placenteramente?: pues pienso que mejor que ninguno viven los que mejor se dedican a hacerse lo más buenos posible, y con más placer que ninguno los que más sienten que van haciéndose más buenos. 7. Cosas que yo hasta el presente día me daba cuenta de que en mí pasaban; y, al encontrarme con los otros hombres y al irme cotejando con los otros hombres a mí mismo, héme hasta aquí llegado reconociendo que así eran en mí las cosas; y no yo solo, sino también los mis amigos viven acerca de mí en ese convencimiento, no por el hecho de que me amen (pues también entonces los que aman a otros tendrían ese convencimiento respecto de sus amigos), sino justamente porque piensan que también ellos estando conmigo van haciéndose lo mejores posible. 8. Pero, si tengo que vivir más largo tiempo, tal vez habrá de serme inevitable pagar el tributo de la vejez y ver menos y oír menos y

a ver en la *Apología*.—Jenofonte tiene que acudir a su testimonio, porque al tiempo del juicio él estaba en el Asia con la expedición de Ciro contra Artajerjes, que en la *Anábasis* se cuenta.—No anotamos aquí las repeticiones con su *Apología* ni las coincidencias de ambos textos con la de Platón, que debe leerse entera en comparación con ellos.

discurrir peor y acabar siendo más duro para aprender y más desmemoriado y aquellos a los que antes aventajaba venir a quedar por bajo de ellos. Bien, y ello es que, si no me daba cuenta de esos cambios, la vida para mí no había de ser vida, y, si me daba cuenta de ellos, ¿cómo no habría de vivir por fuerza peor y más a disgusto? 9. Pero bueno, el caso es que, si de verdad voy a morir injustamente, bien puede ser que sea eso vil y vergonzoso para los que me hayan injustamente condenado a muerte (pues, si el cometer delito por ser contra justicia es cosa vergonzosa, ¿cómo no va a ser igualmente vergonzoso hacer cualquier cosa que sea injustamente?); pero para mí, ¿qué hay de vil y deshonesto en que los otros no sean capaces de hacer conmigo lo que es justo ni de conocerlo? 10. Y veo yo que tampoco la fama que queda de los hombres ya pasados en los que les suceden es igual para los que han hecho injusticia que para los que la han sufrido; y así sé que también yo alcanzaré la atención y estima de los hombres, aun cuando ahora muera, y no una estima igual a la de aquellos que me hayan dado muerte: pues sé que siempre me serán testigos de que nunca hice mal a ninguno de los hombres, sino que trataba siempre de hacer mejores a los que conmigo andaban.» 11. Conversaciones como ésta fueron las que tuvo con Hermógenes y con los otros. Y los que conocían cómo era y qué hombre era Sócrates todos los que aspiraban a la virtud viven hasta el día de hoy en una añoranza de él como de ninguno, como que era él la mejor ayuda para el cuidado y estudio de virtud. A mí, en suma, siendo él así como lo dejo ya descrito, piadoso al punto de no hacer nada sin contar con el acuerdo de los dioses, y de modo justo a no hacer daño a nadie ni en lo más pequeño, sino ayudar en la mayor medida a los que con él trataban, y con tal dominio de sí como para nunca lo más dulce preferir en vez de lo mejor, y en tal modo inteligente de no equivocarse en discernir lo que mejor fuera y lo que peor, ni tampoco necesitar de otro, sino valerse él solo para ese conocimiento, y hábil así para exponer en razonamiento y deslindar cuestiones como ésas, como hábil también en someter a otros a la prueba y refutarlos en sus errores y dirigirlos a la hombría de bien y la virtud, me parecía que era todo lo mejor que puede ser un hombre y lo más bienaventurado. Pero, si a alguno no le place así, que compare con esos datos la manera de ser de los otros hombres y que entonces juzgue.